

Pedro Ortiz Armengol

Vigencia de Galdós

Sobre «Vigencia de Galdós» dio en la Fundación Juan March un ciclo de conferencias, del 5 al 14 del pasado mes de abril, el embajador y escritor Pedro Ortiz Armengol, quien acaba de finalizar el libro *Vida de Galdós*, primera biografía extensa que se hace en España sobre el novelista canario. Los títulos de las cuatro conferencias del ciclo fueron «Galdós: familia, adolescencia»; «Galdós, paseante y periodista»; «La plena madurez de Galdós»; y «Galdós: el último cuarto». Ofrecemos seguidamente un resumen del ciclo.

Aunque parezca extraño, no contamos con una biografía extensa del que cabría considerar como el segundo novelista de la lengua castellana; tan sólo pequeños libros en los que se ofrecen algunas estampas de su vida. Existe una biografía realizada fuera de España en los años 30, pero no se tradujo del inglés. Benito Pérez Galdós, por otra parte, no dio muchas facilidades para hacer su biografía. Apenas habló ni escribió acerca de sí mismo. Era un secretista, no sé si por un complejo o reserva nacidos de su insularidad (pertenecía a una familia de la pequeña burguesía instalada en Las Palmas de Gran Canaria) o por otros factores.

En Estados Unidos hay una asociación internacional de especialistas en Galdós, que publica los *Anales Galdosianos*, en castellano y en inglés. Estos hispanistas, tanto norteamericanos como de otros países, se dedican a reavivar la imagen de un Galdós considerado como uno de los principales escritores españoles del siglo XIX y de la literatura española en general.

Si queremos remontarnos en la genealogía de don Benito, aparece ya en el siglo XV en la isla de Gran Canaria un Hernando Pérez, colonizador. Encontramos a algunos Pérez ocupando pequeños cargos militares, al entrar el siglo XIX, en la villa nobiliaria de Telde. Uno de ellos, un cura de pueblo, Domingo Pérez, marcha como capellán con una unidad de soldados voluntarios

canarios enviados a la Península a combatir la invasión francesa, y escribe unos recuerdos personales. Su hermano, Sebastián Pérez Macías, que conservó esos recuerdos, es precisamente el padre de Galdós. Es fácil imaginar cómo el niño Benito, sentado en las rodillas de su padre, oíría contar historias de la Guerra de la Independencia. En cuanto al apellido Galdós, éste se asocia, en vasco, al vocablo «pastizal». Hay un Galdós —Domingo Galdós— que fue «receptor» de denuncias dentro de la Inquisición, oficio meramente administrativo.

Cuando nace Benito, en 1843, tiene cinco hermanas mayores. Vive la familia en la calle Cano, 6, en la parte vieja de Las Palmas, hoy Casa-Museo del escritor. Cuando, ya viejo y casi ciego, escriba Galdós para *La Esfera* unas pequeñas notas autobiográficas, dirá: «Omito lo referente a mi infancia, que carece de interés o se diferencia poco de otras infancias de chiquillos o de bachilleres aplicaditos». Así de lacónicamente resuelve Galdós esta etapa de su vida. Por entonces era Las Palmas una ciudad de 17.000 habitantes y la capital de Canarias. Dos hermanos suyos se hacen militares y marchan a América. De sus cinco hermanas, sólo una se casa. La madre, doña Dolores, parece que era una mujer enérgica; algunos han querido ver en ella el modelo en el que se inspiró para el personaje de Doña Perfecta. Su

padre es muy viejo cuando él nace. Va Benito al Colegio de San Agustín, que acababa de ser reconocido como Instituto de Segunda Enseñanza. La ciudad contaba con un Gabinete Literario, con un grupo teatral; se editaban varios pequeños periódicos. Tenía Benito unas actitudes despreocupadas que no hacían de él un buen alumno. No le interesaba estudiar, según contaría en sus *Memorias de un desmemoriado*. Obtenía simples aprobados y escasos sobresalientes. Galdós nunca llegó a recoger el título de bachiller, lo que prueba su indiferencia por el mismo. A los 17 años atravesó una crisis. Este desánimo y tristeza no tenían causas literarias, sino que la razón fue su decepción amorosa con una joven pariente llamada Sisita. Su madre decide enviarle a Madrid.

A los 17 años escribe, como trabajo para el colegio, un diálogo entre un poeta pedante y un crítico adolescente —figuras paródicas próximas a él—, texto en el que defiende todo un programa de realismo literario. Pero si es cierto que no le interesaban los estudios, sí le importaba la literatura. Se encerraba horas a leer y a escribir, lo que incluía dramones medievalistas como el que tituló *Quien mal hace, bien no espere*, un intento juvenil muy al gusto de la época. Algunas obras de juventud fueron publicadas en periódicos locales de Las Palmas y ahora se han recogido en revistas especializadas de Estados Unidos, como atisbos interesantes de este muchacho de 17 años que ya estaba demostrando un gran talento.

En la Biblioteca Nacional existe un retrato del Galdós de 18 años: semblante un tanto descarado, pelo corto, ojos asimétricos (tenía un defecto en el ojo izquierdo); éste era el Galdós que en 1862 estaba dispuesto a ir a Madrid con los gastos de estancia y estudios pagados por su hermano Domingo y por la esposa de éste, doña Magdalena.

Desembarcó en Cádiz y pasó unos días en Sevilla, ciudad que le fascinó, antes de llegar a Madrid. Aquí tenía un hermano, Ignacio, que desde hacía

cuatro años estaba en la Academia Militar, en la Escuela del Estado Mayor (de esta Escuela hará Galdós una referencia en *Fortunata y Jacinta*). Fue Benito a vivir a Huertas, 3, muy cerca de la Puerta del Sol, con su querido amigo Fernando León y Castillo, coautor, con él, en el bachillerato, de unos versos satíricos contra un aristócrata de Gran Canaria. Hoy hay en esa casa una placa en la que se indica que ésa fue su primera vivienda en Madrid, hasta la primavera de 1863.

Galdós, paseante y periodista

En la Universidad, Benito era un teñaz incumplidor como estudiante, a diferencia de su amigo. El «tutor» de ambos en la Universidad era Luis Francisco Benítez de Lugo. Galdós cuenta en sus *Memorias* que ocupaba las noches en emborronar dramas y comedias; frecuentaba el Teatro Real y un café de la Puerta del Sol. Cuenta Galdós que iba poco a la Universidad, que ganduleaba por las calles y se empapaba de lo que veía. Aprovecharía poco a sus profesores, Castelar, Canalejas, Fernando de Castro y otros catedráticos de las asignaturas de Derecho. Ironiza que aprendió el Derecho Mercantil pisando cáscaras en el mercado de la Plaza de la Cebada (y la literatura española debe mucho a su falta de interés por el Derecho Mercantil codificado).

Este despreocupado caballero de 19 ó 20 años, que confiesa que no va a la Universidad porque lo que le gusta es callejear por Madrid, asistía a tertulias y hacía amigos.

El mismo cuenta que era aficionado al teatro, género que para un autor en aquella época podía suponer el triunfo social, la popularidad y el dinero. Le impresionó mucho el drama *Venganza catalana*, de García Gutiérrez. Hubo de comprender que era más accesible el periodismo. Nos dice que antes de 1870 sólo había colaborado en algún que otro periódico, hasta que a finales de ese mismo año ingresó en *El Debate*. Investigadores norteamericanos



Pedro Ortiz Armengol nació en Madrid en 1922. Licenciado en Derecho en 1946 por la Universidad de Madrid, ha trabajado en embajadas de diversos países. De 1973 a 1976 fue subdirector general de Relaciones Culturales; de 1976 a 1981, Ministro Consejero en la Embajada española en Londres; y de 1981 a 1987, año de su jubilación, Embajador de España en Manila (Filipinas). Ha publicado más de trescientos artículos en diversas revistas y periódicos españoles y extranjeros sobre temas humanísticos.

han inventariado bastantes de sus artículos en los periódicos y revistas donde escribió el joven Galdós.

En el verano del 63 va a Canarias y, a su regreso a Madrid, no vuelve a la pensión donde vivía con León y Castillo. En los cuatro o cinco años siguientes vive Galdós en la calle del Olivo, esquina a la de la Abada, donde hay actualmente unos grandes almacenes. El ambiente de esta nueva pensión lo reflejará Galdós en una novela bastante posterior: *El doctor Centeno*. En cuanto a su vida de andanzas amorosas, sabemos —por el doctor Marañón, su médico de cabeza y amigo— que era muy aficio-

nado a las mujeres y de una gran capacidad amorosa, lo que le acarrea incontables problemas.

Era un normal lector. Horacio y Virgilio, Goethe y los clásicos alemanes, Shakespeare, Víctor Hugo, los románticos franceses, Manzoni, Schiller y muchos otros autores aparecen en una larga lista de lecturas juveniles que una investigadora francesa ha encontrado en los archivos canarios. Por entonces Galdós escribió en *La Nación* crítica musical, comentarios sobre Madrid, reseñas biográficas y comentarios políticos. La habilidad como cronista de Madrid de este chico de poco más de veinte años anuncia ya lo que va a ser el Galdós novelista.

A este joven, que soñaba con retratar la vida madrileña en novelas, cosa que hizo durante medio siglo, hasta los años 1917 y 1918, ya prácticamente ciego, vive intensamente la calle. A comienzos de 1865 se vivía una situación prerrevolucionaria. El jefe del comité revolucionario estudiantil que preparaba las asonadas era el Marqués de la Florida, «tutor» escolar de Galdós. De la noche de San Daniel ofrecería Galdós varias versiones: en el periódico *La Nación* describe a la Guardia Civil a caballo sableando a los estudiantes cuando dieron una serenata al rector de la Universidad. Alude a esta noche otra vez en *Fortunata y Jacinta* y también en *Prim*. Tres versiones muy distintas, en tres versiones galdosianas separadas por muchos años.

En 1866 la situación política produce la gran rebelión del cuartel de San Gil, en la Plaza de España, rebelión que fue duramente reprimida por Narváez. Llega el año 1868 y Galdós decide no volver a la Universidad. Pasa en Francia dos vacaciones de verano, invitado por algunos parientes. Era Galdós muy viajero y se orientaba muy bien en las ciudades desconocidas. Descubre entonces a Dickens, en una versión francesa, y a su regreso a Madrid traduce el *Pickwick*. Llevaba ya entonces el manuscrito de su segunda novela (la primera fue *La*

sombra). Se trata de *La Fontana de Oro*, novela meritoria, aunque el parecido con la realidad histórica del Trienio es meramente simbólico. Es más bien una creación de Galdós cuyo extraordinario sentido literario le iba a abrir la llave del éxito en los círculos culturales madrileños.

La Fontana de Oro, novela densa y politizada, es muy bien recibida. Hablan de ella, entre otros, José Alcalá Galiano, futuro íntimo amigo de Galdós y su lazarillo en los viajes europeos del escritor a Inglaterra y otros países europeos; Gaspar Núñez de Arce, el conocido poeta; Eugenio de Ochoa y también el joven Giner de los Ríos.

Galdós empieza a colaborar en la *Revista de España*, la revista española más ambiciosa de la época. En ella escribían las primeras figuras de la literatura española, como Valera y otros muchos. A pesar de su juventud, pronto pasa a dirigirla Galdós. Publica en ella su tercera novela, *El audaz*. Más tarde dirigirá *El Debate*, el diario gubernamental, con Amadeo de Saboya. Cuando se proclamó la República, el periódico desapareció: en febrero del 73, don Benito se queda a la intemperie y decide dedicarse al cultivo de la novela histórica, dado el éxito de *La Fontana de Oro*. Empieza así la larga elaboración de *Trafalgar*, de gran éxito de público y de crítica en un Madrid de unos 300.000 habitantes y no muy aficionado a la lectura de novelas. Trabaja con tesón en los *Episodios Nacionales* (a un ritmo inicial de 4 ó 5 Episodios por año). Vivía entonces en la calle Serrano, frente a lo que sería después el Museo Arqueológico. Su familia había llegado de Canarias y se había establecido allí acogiendo al sobrino Benito.

La plena madurez

Es entonces cuando consolida su verdadera vocación: la de novelista. Llegan otras novelas que obtienen amplia fama: *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*. Son las ca-

lificadas por Marcelino Menéndez Pelayo como «novelas teológicas», definición no exenta de un sentido irónico. En *Doña Perfecta* hace Galdós una dura crítica de la España católica tradicional; en *Gloria* arremete contra el rígido integrismo religioso, contrario a matrimonios entre personas de credos distintos; y en *La familia de León Roch* denuncia al agnóstico que miente y engaña. (Esta última no fue bien recibida por concretas fuerzas liberales.)

Galdós realiza una edición ilustrada, de lujo, de los *Episodios Nacionales* (había publicado ya veinte de ellos), que resulta ser una operación decepcionante desde el punto de vista económico. Con redoblada ambición de novelista comienza otra serie de novelas que inicia con *La desheredada*. Esta novela fue un éxito considerable, muy apreciada por lectores y crítica. Publica entonces *El amigo Manso*, que es una de las novelas que más se están estudiando en estos años. En ella el personaje es «independiente» del autor y «se enfrenta» a él, antes de los seres de Unamuno y de Pirandello.

El doctor Centeno, otra gran novela, extensa como la anterior, fue una de las más estimadas por Galdós y permitió que don Juan Valera, por entonces el gran magnate de las letras, descubriera a Galdós y empezase a maniobrar para incluirlo en la Academia Española. También le ha llegado ya a Galdós la gloria a nivel internacional. Muchas traducciones a otros idiomas, colaboraciones periodísticas en *La Prensa* de Buenos Aires... Otros éxitos: *Tormento*, que refleja la pasión amorosa de un sacerdote; y *La de Bringas*.

Tras escribir *Lo prohibido*, Galdós se encierra en su casa durante dos años a escribir *Fortunata y Jacinta* (1.700 páginas), que es, sin disputa, su obra maestra. La escribe a los 40 años, cuando el escritor ya ha visto y vivido todo lo que se puede vivir. La novela tardó en abrirse camino quizá debido a su magnitud misma. En

1911 se traduce al italiano en versión reducida. Más tarde se traducirá al inglés, al francés y al alemán, al chino, al polaco y al sueco, y está reconocida como una de las grandes obras de la literatura universal.

Es un momento económicamente feliz para nuestro novelista. Habita en una casa burguesa, que ocupa con miembros de su familia: su cuñada viuda, Magdalena Hurtado de Mendoza, y sus propias hermanas doña Carmen y la doña Concha. Doña Carmen era la «cabeza» de la familia, y tenemos constancia de que era la persona a la que más quiso Galdós.

¿Cómo era éste físicamente? Muy alto; descuidado en el vestir, con afecciones a la vista relativamente pronto, hasta el punto de que a los 60 años estaba camino de la ceguera; gustaba y entendía de música; tocaba el «harmonio». Era de pocas palabras. Conoció bastante Europa. Se manejaba bien en francés y poco en inglés. Viajó por Inglaterra con su amigo Alcalá Galiano, quien también le acompañó a Holanda, Alemania, Dinamarca, etc.

Sigue escribiendo novelas: *Miau*, *La incógnita* (esta última es quizá la primera novela policíaca española). *Angel Guerra* es una de las grandes novelas en ambición y en extensión. Está escrita en 1890. Marañón —calificado biógrafo y su médico de cabecera— dijo de ella que es la mejor novela mística que se ha escrito en español y que tiene un nivel de espiritualidad inigualable. Es la segunda en extensión, después de *Fortunata y Jacinta*; la anti-*Doña Perfecta*, quizá por ser una exaltación de la ciudad de Toledo, de la ciudad catedralicia dominada por el clero y personajes de la España antigua. Por otro lado, es una de las novelas de Galdós que menos se han vendido.

El último cuarto

Abordemos la cuarta y última parte de la vida de Galdós, quien vivió 76

años; es decir, los últimos 18 ó 20 años del escritor. Después de su triunfo social, literario y económico, hacia 1901 don Benito se hace una espléndida mansión en Santander, lugar por el que sentía un especial cariño, nacido al principio de su admiración por las novelas de Pereda. Había ido allí en 1875 atraído por la obra de este escritor y quedó prendado del mundo montaños.

Disfrutó mucho con esta casa, a la que pensó trasladarse definitivamente. La llamó «San Quintín». Contaba con un jardín cuidado, en manos de un jardinero, y contenía muchos animales —perros, ocas, cabras, aves, conejos—. Pensó en dejar el piso de Madrid —por entonces situado en la Plaza de Colón—, ya que no podía mantener ambos. Se mudó entonces a otro edificio más modesto, en Alberto Aguilera esquina a Gaztambide, donde vivió muchos años, hasta que le recogió en su casa su sobrino, el ingeniero agrónomo Hurtado de Mendoza, en la calle Hilarión Eslava.

Galdós madrugaba y trabajaba mucho, bebía mucho café, y en invierno se protegía con capa y boina. 1892 supone el encuentro o reencuentro de Galdós con el teatro, ya que nunca había logrado estrenar sus obras de juventud. *Realidad* (1892) se estrenó en el Teatro María Guerrero. Obra atrevida —presentaba la vida social del Madrid de 1890—, donde aparecía, por primera vez en un escenario en España (!), un «piso de soltero». Fue un éxito enorme. Escribe luego *La loca de la casa*, queriendo complacer a un público que estaba muy bien predisposto. Y en 1894 escribe *La de San Quintín*.

Un drama personal en la vida de Galdós por estas fechas es la muerte de su madrina y cuñada Magdalena, la esposa de su hermano Domingo. Sentía Galdós una atracción hacia ella, a pesar de ser diez años mayor que él; el afecto fue recíproco: Magdalena le apoyó incondicionalmente muchas veces. Cuando ella muere en Madrid, Galdós está viajando hacia Canarias. Este mu-

tuo afecto de don Benito y de su cuñada queda bien reflejado como una incógnita más en una obra de teatro que escribirá más tarde, *Alma y vida*.

Los condenados, drama rural, constituyó el único fracaso de Galdós en el teatro. Le produjo una gran amargura y escribió un artículo contra los críticos de teatro. Se dedica entonces a la serie de cuatro novelas de Torquemada.

A partir de los años finales del siglo, Galdós tenía relación amorosa con una joven amante, Concha Morrell, que aspiraba a ser actriz a toda costa. Galdós asumió el riesgo de incorporarla en la compañía de teatro María Guerrero. No tuvo Concha éxito en escena. Era inteligente y atrevida, como refleja su correspondencia con Galdós. Aquel personaje femenino está evocado en una de las grandes novelas de Galdós: *Tristana*. Pero con el tiempo, Concha le daría uno de los mayores disgustos de su vida. Sintiéndose abandonada por él, decidió abjurar de la religión católica y hacerse judía. Periodistas hostiles a Galdós publicaron artículos en los que se acusaba al novelista de corromper y haber sacrificado a esta joven.

El abuelo será otro éxito: está considerada por muchos como la obra teatral más importante de Galdós. También lo fue *Electra* (1901), que tuvo repercusión extensa; se estrenó en muchas capitales europeas y se representó incluso en Buenos Aires y en Manila. La noche del estreno Galdós, ante tanta algarabía producida en la ciudad, se retiró del teatro hacia su casa, acompañado por Baroja. Valle Inclán había llorado emocionado; Azorín comparó a Galdós con Shakespeare. Hasta don Marcelino Menéndez Pelayo contaba la prensa que aplaudió (aunque personalmente no creo que le gustase mucho una obra que era un fuerte ataque contra las órdenes religiosas). Hay que decir que don Marcelino, caracterizada cabeza del catolicismo español, fue el responsable más directo de que Galdós entrase en la Academia, en la que ingresó formalmente siete años más tarde.

Al tiempo que sus éxitos teatrales, Galdós reemprendió los *Episodios Nacionales*: cuarenta y seis novelas en total, que constituyen toda una gran arquitectura novelesca, con las naturales diferencias entre las primeras y las últimas series. Al llegar a la quinta serie, inacabada, encontramos a un Galdós ciego, desencantado, a las puertas de la inactividad intelectual; no es de extrañar, pues, que en los cinco últimos Episodios pinte una España desolada y trágica. Algunos de ellos, «Prim» o «La de los tristes destinos», pueden situarse sin ninguna duda entre las mejores novelas de Galdós.

¿Por qué a Galdós no le dieron el Premio Nobel? La primera vez que se otorgó este galardón fue en 1901. En 1904 el premio lo compartieron el francés Mistral y el español Echegaray. Galdós estuvo a punto de obtenerlo en 1915. Según los documentos de la Academia Sueca que hemos visto, estaba espléndidamente situado. Tres de los cinco miembros le votaban (los otros dos apoyaban a Romain Rolland). En 1912 se pensó que había habido un exceso de eurocentrismo y el Nobel de 1913 fue para Tagore; y al año siguiente, con motivo de la guerra, no se estimó oportuno conceder el Nobel. En 1915, alguien alegó que Galdós era una persona controvertida ideológicamente en España. (También lo era Romain Rolland en Francia, lo que no impidió que le fuera concedido el galardón.)

Volvió a presentarse Galdós al Nobel en los años 16 y 17, pero la gestión había quedado desmayada. Galdós murió en 1920, lo que cerraba ya la posibilidad de obtenerlo.

En sus últimos años, Galdós patéticamente dictaba novelas: *El caballero encantado*, que muestra ya cómo había disminuido la creatividad de nuestro novelista, y *La razón sin la razón*, ya en otro nivel. Por entonces vivía el escritor un amor senil hacia Teodosia Gandarias. Murieron casi al mismo tiempo. Ella, el 31 de diciembre de 1919; él, unas pocas horas después, el 3 de enero de 1920. □